

LUIS ALBERTO DE CUENCA

La mentirosa y otros poemas



ediciones
del Genal

ediciones del Genal

© Textos *Luis Alberto de Cuenca y Prado*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*
Cedida por José Infante Martos (Colección privada)

Autor: *Luis Alberto de Cuenca*

Título: *La mentirosa y otros poemas*

Dirige la colección: *Manuel Francisco Reina*

Promueven: *Ayuntamiento de Málaga y
Empresa Malagueña de Transportes (EMT)*

Diseño y maquetación: *Nuria Ogalla Camacho*

Edita: *Promotora Cultural Malagueña*

Coordina: *Ediciones del Genal*

Colabora: *Librerías Proteo y Prometeo*

Depósito legal: *MA-231-2017*

ISBN: *978-84-16871-25-4*

Nº 5

Málaga 2017

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

La mentirosa y otros poemas



La mentirosa

Tienes hora para ir al ginecólogo,
te duele la cabeza, te ha sentado
algo mal o preparas un examen,
es el santo de Marta, los gemelos
se aburren sin salir o Macarena
te ha invitado a bañarte en su piscina...
¡Qué mal mientes, amor! Si no te gusto,
dímelo. Pensaré en un buen suicidio.
Pero si quieres verme, y tus excusas
no son más que un vulgar afrodisíaco
para que se mantenga mi deseo,
invéntate otros juegos, vida mía,
que el premio del engaño es el olvido.

La malcasada

Me dices que Juan Luis no te comprende,
que solo piensa en sus computadoras
y que no te hace caso por las noches.

Me dices que tus hijos no te sirven,
que solo dan problemas, que se aburren
de todo y que estás harta de aguantarlos.

Me dices que tus padres están viejos,
que se han vuelto tacaños y egoístas
y ya no eres su reina como antes.

Me dices que has cumplido los cuarenta
y que no es fácil empezar de nuevo,
que los únicos hombres con que tratas
son colegas de Juan en IBM
y no te gustan los ejecutivos.

Y yo, ¿qué es lo que pinto en esta historia?
¿Qué quieres que haga yo? ¿Que mate a alguien?
¿Que dé un golpe de estado libertario?

Te quise como un loco. No lo niego.
Pero eso fue hace mucho, cuando el mundo
era una reluciente madrugada
que no quisiste compartir conmigo.

La nostalgia es un burdo pasatiempo.
Vuelve a ser la que fuiste. Ve a un gimnasio,

píntate más, alisa tus arrugas
y ponte ropa sexy, no seas tonta,
que a lo mejor Juan Luis vuelve a mimarte,
y tus hijos se van a un campamento,
y tus padres se mueren.

Volveremos a vernos

Volveremos a vernos donde siempre es de día
y los feos son guapos y eternamente jóvenes,
donde los poderosos no abusan de los débiles
y cuelgan de los árboles juguetes y tebeos.

En ese hogar de luz que no hiere los ojos
volveremos tú y yo a decirnos bobadas
cogidos de la mano, viendo morir las olas
sin agobios ni prisas, donde el sol no se pone.

Y viviré en tus labios el amor que la Tierra
sintiera por el Cielo cuando el mundo era un niño,
y el tiempo dejará de salmodiar su lúgubre
canción de despedida mientras nos abrazamos.

La flor azul

Dónde la flor azul. En qué ladera
de la montaña crece o en qué calle
de la ciudad asoma su corola,
hecha de mar y cielo despejado
y pétalos de eterna juventud.
Dónde la flor azul que habla el idioma
primeval del amor y del coraje
y que cura la alergia de estar vivo.
«Al país de la rama de oro, donde el pájaro
azul se posa, más allá de fuertes
y fronteras, habrás de ir a buscarla»,
dijo mi madre antes de morir.

Bébetela

Dile cosas bonitas a tu novia:
«Tienes un cuerpo de reloj de arena
y un alma de película de Hawks».
Díselo muy bajito, con tus labios
pegados a su oreja, sin que nadie
pueda escuchar lo que le estás diciendo
(a saber, que sus piernas son cohetes
dirigidos al centro de la Tierra,
o que sus senos son la madriguera
de un cangrejo de mar, o que su espalda
es plata viva). Y cuando se lo crea
y comience a licuarse entre tus brazos,
no dudes ni un segundo:
bébetela.

Crimen pasional

Ella dijo, después de mil besos y abrazos:
«Soy tan feliz que quiero que el tiempo se detenga».
Y él respondió: «No sufras, ya inventaré la fórmula
de que el tiempo no pase para ti». Y la miraba
con los ojos nublados por la melancolía.
Y entonces ella dijo: «Si logras detenerlo,
que no vaya a dolerme y, sobre todo, que haga
juego con mi vestido».

Puerta abierta

«¿Te gusta mi corpiño?». (Aquel corpiño y un antifaz de raso eran sus únicas concesiones al lobby de la tela).

«¿Te gusta mi perfume?». (Aquel perfume derretía el cerebro como el polvo blanco de la novela de Arthur Machen y no dejaba sana una neurona).

«¿Qué es lo que más te gusta de mi cuerpo?». (Díganme que podría responder a una pregunta tan abstracta). «Cómeme». (Y me puse, sin más, a la tarea).

Puerta entreabierta

Era el cuarto de baño de un hotel
de contactos: jacuzzi circular
y patitos de goma deslizándose
por la bañera, grifos sicalípticos
y espejos tapizando las paredes.
Había una rendija de luz tibia
por la que pude ver cómo llevabas
a cabo turbadoras ceremonias,
excitantes caricias digitales.
Agrandé la rendija poco a poco,
velado por la niebla del deseo.

Puerta cerrada

¿Me abrirías la puerta? Era importante pensar qué llevarías puesto entonces. O qué no llevarías. O si aquello se quedaría en un *paraklausíthyron*. Pasé todo un verano imaginando cómo te dirigías a la puerta, cómo manipulabas los cerrojos, cómo, al fin, te mostrabas a mi vista y me decías: «Pasa, no te quedes ahí. La noche es larga, interminable. En esta casa no se duerme nunca».

Carta a los Reyes Magos

Queridos Reyes Magos, no me he portado bien y, además, os escribo cuando no queda tiempo para que recibáis antes de Epifanía estas letras, de modo que no albergo esperanzas de que podáis traerme nada de lo que os pido. Creo que ni siquiera voy a echar al buzón esta carta. Tan solo quiero dar rienda suelta a ciertas fantasías, para irme desprendiendo poco a poco de ellas y, al cabo, convertirme en alguien *comme il faut*, que falta me hace. Os pido, sobre todo, que, de una buena vez, me traigáis un criterio fiable sobre aquello que pensáis que es lo bueno, y sobre lo que es malo, y sobre la verdad, y sobre la mentira, y sobre lo que es bello, y sobre lo que es feo; que, ahora que soy mayor y que tengo a la muerte cada vez más a mano, tiendo a mezclarlo todo. Y también os pregunto qué hay que hacer cuando

[asoma,

sin llamar, por la puerta de mi casa la jeta de esa araña peluda que, eufemísticamente, llaman tercera edad. Si vosotros, que estáis instalados en ella, y sois reyes y magos, no sabéis contestarme, ¿quién va a poder hacerlo? Finalmente, y por dar un respiro a la angustia,

¿no podríais dejar huellas de vuestro paso
por mi cuarto de estar? Pastas mordisqueadas,
tazas vacías, barro en la alfombra, pelusas
de armiño en el estante donde tengo los libros
de Cazotte y las Obras de Tomás de Iriarte,
cualquier señal, cualquiera, de que existís, no
[importa
cuál sea esa señal. Gracias, un fuerte abrazo,
y hasta el año que viene.

Apología de los clásicos

Nos identificamos con los clásicos.
Siempre tendemos a reconocernos
en lo mejor de aquello que se encuentra
más allá de nosotros, en el reino
de los modelos y de los arquetipos,
aunque lo mejor sea lo terrible
y albergue nombres como Yago, Rávana,
Bósola, Hagen, Alí Kan o Svintus
(pero sin renunciar a Otelo, Rama,
la Duquesa de Malfi, Sigurd-Siegfried,
el Guerrero con máscara o Roberto).
¡Nos divertimos tanto con los clásicos!
Su tiempo no es el de la muerte. Viven
en el Tiempo sin tiempo de los mitos
nuestros queridos clásicos, un Tiempo
que ilumina la cárcel de la vida
y regala modelos exclusivos
para enseñar, felices, a la gente
que nos rodea –padres, hijos, nietos–,
burlando así la angustia cotidiana
y saciando la sed de maravillas
que nos caracteriza como humanos.
Los clásicos ayudan a vivir,
y a morir, y a olvidar nuestras miserias,
y a no perdernos por el laberinto
sin Teseo ni Ariadna que es el mundo.

San Luis Gonzaga

Me cae bien mi patrono: murió a los veintitrés años, y como era de muy buena familia lo hicieron santo pronto. No tuvo relación con el sexo en su vida, que fue una enciclopedia de pureza, una summa de honestidades varias. Casto fue Luis Gonzaga, en efecto, por mucho que nos cuente un hagiógrafo que llevaba cilicio debajo de la ropa y se ponía púas encima de la cama donde dormía para martirizarse (al modo de los gimnosofistas). Con él la castidad adquiere un pedigrí que la hace deseable. Hay drogas que ennoblecen, por raro que parezca, a quien las usa.



*Este librito se terminó de imprimir en la
ciudad de Málaga, bajo el signo de las
estrellas que rigen la Constelación de
Piscis. Al cuidado de esta edición
las Librerías Proteo y Prometeo*

Luis Alberto de Cuenca

Nació en Madrid el 29 de diciembre de 1950. Es Profesor de Investigación del CSIC y Académico de la Real Academia de la Historia. Preside actualmente el Real Patronato de la Biblioteca Nacional. Como poeta inició su andadura en 1971 con *Los retratos*, libro al que siguieron una docena de títulos canónicos y numerosas antologías desde entonces hasta hoy. En 1985 obtuvo el Premio de la Crítica y en 2015 el Nacional de Poesía. Su traducción del latín del *Cantar de Valtario* (SIGLO X) fue Premio Nacional de Traducción en 1989.

